

Prehistoria: Formación y Consecuencias de un Concepto Negativo

Carlo Emilio Piazzini

Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Bogotá - Colombia.

Email address: cpiazzini@icanh.gov.co

Int. J. S. Am. Archaeol. 3: 15-27 (2008)
ID: *ijsa00016*

This information is current as of September 2008

E-mails Alerts

To receive free email alerts when new articles cite this article - sing up in the box at the top right corner of the article, see:

<http://www.ejournals.syllabapress.com/ealerts.html>

Rights & Permissions

To reproduce this article in part (figures, tables) or in entirety, see:

<http://www.ejournals.syllabapress.com/rightperm.html>

Reprints

To order reprints, see:

<http://www.ejournals.syllabapress.com/reprints.html>

Prehistoria: Formación y Consecuencias de un Concepto Negativo

Carlo Emilio Piazzini

Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Bogotá - Colombia.

Email address: cpiazzini@icanh.gov.co

Available online 30 September 2008

Abstract

The analysis of the formation of the concept of prehistory in the XIXth century provides clues for understanding the tensions and attempts at accommodation between archaeology and history during the XXth century. Identification of the context of emergence of the terms that articulate the concept of prehistory, that is, the absence of writing and its antecedence with respect to history, indicates that the borders between the two fields of knowledge can not be negotiated only in terms of methodology and chronology. I propose that use of the lack of writing as the mark of excellence for a prehistoric group has more to do with the political and moral value that Western thinking places on time and the writing apparatus, in contrast to the low importance given to space and material appearance. © 2007-2008 Archaeodiversity Research Group & Syllaba Press. All rights reserved.

Keywords: Prehistory, History, Archaeology, Writing, XIX Century.

Resumen

El análisis del proceso de formación del concepto de prehistoria en el siglo XIX, brinda elementos interpretativos para la comprensión de las tensiones y tentativas de acercamiento entre la arqueología y la historia en épocas posteriores. La identificación del contexto de emergencia de los enunciados que en su articulación dieron forma al concepto de prehistoria, esto es, ausencia de escritura y antecedencia respecto de la historia, indica que las fronteras entre ambos campos de conocimiento no se pueden negociar únicamente en términos metodológicos o cronológicos. Se propone que la ausencia de escritura como marcador por excelencia de una humanidad prehistórica, tiene que ver más con el valor político y moral que el pensamiento de Occidente otorgó al tiempo y a los dispositivos escriturarios, por contraste con la poca importancia dada al espacio y las materialidades. © 2007-2008 Archaeodiversity Research Group & Syllaba Press. All rights reserved.

Palabras clave: Prehistoria, Historia, Arqueología, Escritura, Siglo XIX.

Introducción

Este ensayo se dirige a comprender el proceso de formación del concepto de prehistoria como parte de un ejercicio más amplio, interesado por examinar las relaciones entre la arqueología, la historia y la antropología¹. Arqueología y prehistoria son términos frecuentemente conmutados para definir, ya un campo de conocimiento, el objeto de estudio del mismo, e incluso, la práctica disciplinar que éstos suponen. Esta equivalencia puede parecer inadecuada a quienes consideran que la arqueología trasciende al ámbito de la prehistoria, ya porque puede valerse de datos

históricos, e incluso etnográficos, para comprender mejor las características de la cultura material del pasado, como es el caso de quienes se interesan por la arqueología experimental y la etnoarqueología, o ya porque la arqueología puede interesarse por estudiar sociedades históricas, perspectiva generalmente conocida como arqueología histórica. También se sentirían incómodos quienes consideran que, en la medida en que la historia es una característica inherente al devenir de la humanidad, no sería adecuado hablar de pre-historia, salvo que este término se refiriera exclusivamente a la anterioridad evolutiva de la naturaleza, antes de la aparición del ser humano. Finalmente, no avalarían la equivalencia entre prehistoria y arqueología aquellos que ven en la última sólo una ciencia auxiliar de la historia, que en ausencia de testimonios escritos se vale de las materialidades para ayudar a reconstruir el pasado de las sociedades.

No obstante, estas múltiples reservas sólo hacen

1) Este artículo se deriva de la monografía de grado "La arqueología entre la historia y la prehistoria: estudio de una frontera conceptual", elaborada por el autor para optar por el título de magíster en historia, con la asesoría del profesor Alberto de Jesús Castrillón Aldana, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, 2006. En una publicación anterior (Piazzini 2008) he ofrecido una síntesis de dicha investigación.

visible la ambigüedad que encarna el concepto de prehistoria así como las relaciones problemáticas que, desde su emergencia, han caracterizado la frontera entre la arqueología, la antropología y la historia. La reciente re-activación de la arqueología histórica, así como la puesta en marcha de otras arqueologías que trabajan con evidencias materiales de periodos para los cuales se dispone de documentación escrita (arqueología post-medieval, arqueología industrial, arqueología capitalista, arqueología urbana), suponen en primera instancia un debilitamiento, cuando no una redefinición de las diferencias entre prehistoria e historia, además de una cancelación de la sinonimia entre prehistoria y arqueología. Pero al mismo tiempo, han puesto de manifiesto una serie de problemas que había quedado servido en el proceso de emergencia del concepto prehistoria y de su conjunción con la práctica arqueológica en el siglo XIX. No es para menos, dado que el concepto de prehistoria tiene de particular que señala un ámbito del pasado humano así como una práctica encaminada al conocimiento del mismo, haciendo referencia, más a lo que está por fuera de ella, que a lo que la define internamente. La prehistoria no es escritura, la prehistoria está antes de la historia. Esta forma de enunciación es negativa, problemática y acaso ambigua. Ya decía el historiador Lucien Febvre que el concepto de pre-historia es uno de los más ridículos que puedan imaginarse (Febvre en Bintliff 1991: 19).

En este ensayo quiero mostrar que la diferencia entre arqueología e historia no se reduce a una cuestión heurística (el estudio de dos tipos de testimonios diferentes) o cronológica (antes y después de la escritura), sino que se encuentra vinculada con tensiones entre lo que se ha considerado como ciencia o como especulación en la epistemología moderna, además de estar ligada a un juego de oposiciones entre espíritu y materia, espacio y tiempo que tiene una larga historia en el pensamiento occidental. Finalmente propongo que el análisis crítico de la emergencia del concepto de prehistoria, conduce necesariamente a considerar el espacio y las materialidades como el ámbito de referencia básico de la arqueología. Si bien es cierto que el análisis de la emergencia del concepto de prehistoria se concentra en las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX, debe tenerse en cuenta que desde entonces quedaron pendientes cuestiones relativas a las relaciones entre arqueología, historia y antropología, que aún hoy requieren nuestra comprensión para avanzar en el dialogo interdisciplinario y la resolución de problemáticas de investigación que se nos ofrecen como de carácter transdisciplinario.

En esta perspectiva, se abordan discursos que en determinados momentos han aspirado a la condición de una disciplina científica, de tal forma que el análisis puede ser considerado como un ejercicio inscrito en la historia de las ciencias. No obstante, es preciso señalar que no se trata de otorgar, diferenciar o negar un estatuto científico a la historia, la

antropología o la arqueología. Desde una perspectiva no teleológica de lo que puede ser la historicidad del conocimiento científico, estaríamos dispuestos a considerar, tentativamente, que se trata aquí de tres positivities, tres espacios de comunicación, en el sentido dado al término por Foucault (1997: 215 y 305). Arqueología e historia comparten un tema, el pasado humano, pero lo abordan desde objetos, enunciaciones, conceptos y elecciones teóricas que son, en buena medida, diferentes. La antropología, por su parte, se ha interesado por ése pasado humano, pero sólo en ciertos momentos de su configuración como disciplina.

La arqueología antes de la prehistoria

La arqueología, como parte de los discursos sobre el origen y antigüedad de la humanidad encuentra referentes anteriores a la emergencia del concepto de prehistoria. Durante el renacimiento italiano, entre los siglos XIV y XVI, la colección y descripción de antigüedades por parte de anticuarios y naturalistas entró en contradicción con las creencias medievales que las consideraban depositarias de propiedades mágicas, a favor de su interpretación como restos de sociedades propias de épocas remotas (Clarke 1984: 3). Su estudio hizo parte del interés de las nacientes burguesías mercantiles del mundo mediterráneo por valorar la grandeza de las civilizaciones clásicas, tarea en la cual fue fundamental efectuar una interpretación de los textos bíblicos y los manuscritos griegos y romanos, así como estudiar sus logros desde el punto de vista estético (Trigger 1992: 43).

Durante los siguientes dos siglos, los ideales renacentistas se harían extensivos a buena parte de Europa occidental y, con ello, el interés por las antigüedades se desarrolló en dos perspectivas estrechamente relacionadas: la historia del arte y la arqueología histórica, ambas concebidas como parte de un ámbito mayor denominado arqueología clásica. Desde la perspectiva de la historia del arte, el estudio de los objetos y monumentos antiguos estuvo básicamente dirigido a las obras de arte de la antigüedad clásica. Aunque la referencia a los textos escritos era importante para contextualizar y datar los desarrollos artísticos, esta modalidad parece haber permitido un desarrollo más o menos autónomo de la interpretación de los restos materiales (Ibid: 46). Aunque algunos autores consideran que tal interpretación se encontraba limitada a la versión del pasado que brindaba la lectura de los textos griegos y romanos (Champion et al 1996: 14), lo cierto es que el nivel de dependencia de las fuentes escritas era menor al registrado para la segunda modalidad, denominada arqueología histórica. Ambas perspectivas de la arqueología clásica se desarrollaron durante los siglos XVIII y XIX, que de acuerdo con criterios de ubicación geográfica de las evidencias, dieron origen a la egiptología y la asiriología.

En el contexto de ocupación francesa e inglesa de territorios que habían sido la cuna de las antiguas civilizaciones del medio y cercano Oriente, se dio inicio a la excavación de las ruinas de ciudades, monumentos y tumbas. En este caso, los textos bíblicos fueron complementados con la información arqueológica, tanto para el estudio del arte, como de la historia de los orígenes cristianos. Sin embargo, por primera vez la documentación escrita era, ella misma, producto de las excavaciones arqueológicas, como sucedió con el descubrimiento de la piedra Rosetta, las inscripciones de las tumbas egipcias, y la roca de Bisitun en Irak (Trigger 1992: 47). Por su parte, con la asiriología y la egiptología la arqueología extendió su ámbito cronológico de referencia en unos dos o tres milenios más de antigüedad, afianzando así el camino hacia un desarrollo independiente de la interpretación de los restos materiales respecto de la historia clásica, pero creando una fuerte relación con los estudios filológicos, que eran los que permitían descifrar los escritos en lenguas muertas.

Entre los siglos XVI y XIX, y de forma paralela al desarrollo de la arqueología clásica, en varios países de Europa occidental los anticuarios se interesaron por visitar antiguos monumentos y coleccionar objetos arqueológicos que no necesariamente habían pertenecido a las civilizaciones clásicas o bíblicas. Con la decadencia del feudalismo y animados muchas veces por suministrar firmes bases históricas a proyectos políticos encaminados hacia el establecimiento de estados nacionales, algunos anticuarios ingleses, suecos, daneses, alemanes y franceses, se arriesgaron a describir y ordenar los restos materiales de sociedades sobre las que existía poca o ninguna documentación escrita. Cuando ésta última estaba disponible, era el resultado, primordialmente, de narraciones efectuadas desde los centros romanos de la Europa mediterránea, y no desde las colonias del centro y norte del Continente, de manera que el estudio de ruinas y objetos antiguos o paganos, como también se les llamaba, podía complementar, desde la perspectiva local, aspectos que habían sido descritos desde la perspectiva de “lo bárbaro” por los autores latinos.

En esta empresa, la mayor dificultad consistía en ordenar cronológicamente los vestigios, lo cual fue resuelto parcialmente mediante el desarrollo de métodos de datación relativa. En esta dirección fue de mucha utilidad el esquema de las tres edades (piedra, bronce y hierro) que el danés Christian Thomsen (1788-1865) refinó en sus investigaciones, al introducir una periodización basada en el análisis de tumbas, materias primas y el estilo de los artefactos (Trigger 1992: 80). Visto en perspectiva, el método de seriación arqueológica de Thomsen, resulta ser sumamente interesante, pues constituye la invención de una forma de producción de tiempo a partir de las materialidades y el espacio, justo en una época en la cual los sistemas filosóficos condicionaban la concepción del tiempo a la interioridad del espíritu y

el establecimiento de las cronologías a los documentos escritos (Cf. Piazzini 2006a: 119 y ss). Para Thompson, se trataba de establecer sistemas de periodización con base en la observación de continuidades y discontinuidades en el estilo, la decoración y el contexto de proveniencia de los artefactos. Este procedimiento encontró en las leyes de la estratigrafía geológica desarrolladas hacia 1830 por Charles Lyell (1797-1875), una combinación sumamente eficiente para establecer temporalidades de manera independiente a los sistemas de datación de los historiadores. Las discontinuidades observables en la superposición de diferentes capas de roca y sedimentos, así como los contenidos allí “atrapados” constituyeron la figura por excelencia de sucesión temporal de carácter arqueológico, por lo menos hasta el desarrollo de las dataciones absolutas de radiocarbono y otros métodos físico-químicos de fechación durante el siglo XX (Harris 1991: 19, Trigger 1992: 88). Así mismo, otros procedimientos paleoclimáticos, paleontológicos y estratigráficos de datación relativa fueron desarrollados y aplicados durante el siglo XIX a la arqueología prehistórica de Europa y Norte América.

Es importante tener en cuenta que en el siglo XIX, tal como sucedía con el estudio de los seres vivos y de la superficie terrestre, en donde se hizo insuficiente representar la naturaleza en el catálogo y la geografía en el mapa, para el caso de la arqueología fue necesario salir del museo o el gabinete de antigüedades, para especializar la práctica del conocimiento, recorriendo, observando y anotando las evidencias en sus lugares de proveniencia (Cf. Castrillón 2000: 33 y ss). Las expediciones y las excavaciones ya no sólo se realizaban con el ánimo de recoger piezas y monumentos para reproducir el tiempo y el espacio en los museos, sino que eran condición necesaria para conocer las claves de su antigüedad y, en correspondencia, ordenarlas en series cronológicas. Este fue un cambio radical en el manejo del espacio en arqueología, que conllevó una estrecha relación con los protocolos de la geografía y los viajes de los naturalistas, siendo origen de lo que luego se conocería como trabajo de campo.

De esta manera, ya para mediados del siglo XIX la arqueología estaba en capacidad de mostrar su pertinencia para articularse a las principales empresas científicas que se estaban conformando en Europa occidental y Norte América, al menos por tres razones: 1) Contaba con el desarrollo de una mirada abierta hacia el pasado de sociedades que antes no habían sido consideradas como parte de la antigüedad clásica; 2) por consiguiente, había desarrollado técnicas de datación relativa que podían establecer temporalidades a partir de la observación de las estratigrafías y los artefactos mismos, sin depender exclusivamente de los documentos escritos; 3) finalmente, se consideraba que los procedimientos de trabajo de campo constituían una garantía de rigor en las interpretaciones sobre el pasado de la humanidad.

Ya durante la segunda mitad del siglo XIX, conocida como arqueología prehistórica, estas capacidades se fortalecieron con los avances efectuados por la paleontología y la arqueología paleolítica francesas, demostrando también su pertinencia para hacer aportes dentro de la intensa discusión que tenía lugar a propósito del evolucionismo biológico y social, y estableciendo con ello filiaciones con la antropología en general y con la etnología en lo específico (Lowie 1985: 13).

La arqueología no tiene pues su origen en la prehistoria, como tampoco la denominada arqueología prehistórica puede ser considerada en sus inicios como parte de la antropología. Como dice Lowie, la prehistoria “indudablemente comprobó, con la técnica rigurosa de la estratigrafía geológica, la realidad de la evolución cultural, en una época en que los etnógrafos todavía buscaban a tientas los métodos apropiados para estudiar los aborígenes contemporáneos” (Ibid: 35). Pero en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, se fue configurando una equivalencia entre arqueología y prehistoria, así como una pertinencia de la “arqueología prehistórica” resultante, para el desarrollo de los estudios antropológicos, que demarcaría el ámbito de la diferencia frente a la historia.

También es necesario tener en cuenta que el pensamiento histórico no es ciertamente una invención del siglo XIX. Durante la Ilustración se establecieron formas de interrogación así como métodos que harían de la historia moderna una disciplina. Pero cuando se dice, como Foucault, que el siglo XIX corresponde a la “edad de la historia”, no se debe entender que se opera el surgimiento del pensamiento histórico, sino que ocurre un cambio importante en su dirección. Hasta entonces, la historia occidental conformaba un sistema en el que todas las cosas, todos los seres, estaban contenidos sin discontinuidad. “Una gran historia lisa, uniforme en cada uno de sus puntos” como ha dicho Foucault (1985: 356). El cambio acontece precisamente en la medida en que emergen tiempos dispares. Los tiempos de la naturaleza no son los mismos que los de las cosas y estos no son los mismos que los del hombre, su lenguaje, su cuerpo.

La formación de un concepto negativo

En esta fisión de temporalidades, una de las cuales es específicamente la de la historia, emerge el concepto de prehistoria, justamente como una demarcación de los límites de la historia en relación con la naturaleza y luego, también, con la antropología. En este sentido, se comprende por qué la prehistoria no podía haber surgido antes y, por qué, al igual que la nueva historia del siglo XIX, se concibe “como saber y como modo de ser de la empiricidad” (Ibid: 215), es decir, como condición inherente a su objeto de estudio (los pueblos prehistóricos) y a la vez, como ejercicio mismo de su

conocimiento (hacer prehistoria). Es también, en el contexto más amplio de repartición epistemológica de viejos y nuevos saberes en disciplinas científicas, en donde la arqueología devendría en buena medida como algo difícilmente separable de la prehistoria.

Los términos pre-historia y pre-histórico comenzaron a emplearse de forma intermitente por parte de algunos arqueólogos europeos durante el segundo tercio del siglo XIX, antes de ganar suficiente reconocimiento en los medios académicos y editoriales. *Préhistoire*, *Prehistory*, *Preistoria*, *Vorgeschichte* y *Prehistoria*, fueron haciéndose cada vez más frecuentes entre quienes reconocían ciertos objetos y monumentos antiguos una edad remota, anterior al pasado que se conocía con base en los documentos escritos. En ese momento de formación del concepto, el prefijo pre fue en ocasiones intercambiado para ensayar términos como *ante-history* o *ante-histoire*, tratando con ello de transmitir mejor la idea de una anterioridad temporal que se oponía o que escapaba a todo lo que hasta entonces se reconocía como la historia de la humanidad (Clermont y Smith 1990).

Daniel Wilson, un anticuario escocés, a quien se le concede el haber efectuado la primera definición explícita del término inglés *prehistory* en el año de 1851, concebía la prehistoria como el estudio de una región antes del primer documento escrito que a ella se refiera (Trigger 1992: 86). Poco después, en 1865, Sir John Lubbock publicó la que sería la obra más importante, sino la primera, en construir un esquema evolucionista apoyado en datos arqueológicos: *Prehistoric Times, as Illustrated by Ancient Remains, and the Manners and Customs of Modern Savages*. La amplia difusión del libro de Lubbock, –reeditado siete veces hasta 1913– contribuyó notablemente a transmitir la nueva noción de prehistoria como algo esencialmente ligado a la arqueología en el marco general de las teorías evolucionistas del siglo XIX (Daniel 1963: 1, Chippindale 1989: 28 y ss). En Francia, la visibilidad académica del término se pone de manifiesto en la denominación del *Congres International d'Anthropologie et d'Archeologie Prehistoriques*, organizado por el arqueólogo Gabriel de Mortillet en 1867. Ambos términos, en inglés y en francés, aparecieron prontamente en *The Oxford English Dictionary* y *Larousse*, en 1871 y 1875, respectivamente. En el primero, *prehistory* quedó definido como “[the time] prior to written or recorded history”. Posteriormente, desde 1888 y 1902, el término fue de común aparición en revistas de divulgación científica como *Times* y *Nature*, respectivamente (Daniel 1963: 1, Clermont y Smith 1990, Lucas 2005: 124).

En español, el término prehistórico fue incorporado al *Diccionario de la Real Academia de Española* en 1869, bajo la siguiente definición: “Lo de tiempos a que no alcanza la historia” (*Real Academia Española* 1869: 627). Pero sólo desde la edición de 1925 aparece el término prehistoria: “Ciencia que

trata de la historia del mundo y del hombre con anterioridad a todo documento de carácter histórico” (Ibid 1925: 981). Y cerca de ochenta años después, el Diccionario trae un registro para prehistoria que ofrece una precisión y nuevas acepciones:

“1. f. Período de la vida de la humanidad anterior a todo documento escrito y que solo se conoce por determinados vestigios, como las construcciones, los instrumentos, los huesos humanos o de animales, etc.” (Ibid 1992: 1174).

Como se ve, hay una delimitación al ámbito de la humanidad y una cancelación de lo referido al “mundo”. Así mismo, se mencionan los objetos que hacen posible el conocimiento de ese período. Pero además se incorporaron acepciones relativas a un ejercicio y un producto:

“2. f. Estudio de este período.

3. f. Obra que versa acerca de ese período” (Ibid).

Finalmente, se refieren dos usos metafóricos que hacen extensiva la anterioridad temporal para cualquier evento o actividad humana:

“4. f. Período en que se incubaba un movimiento cultural, religioso, político, etc. La prehistoria del Romanticismo está en el siglo XVIII.

5. f. En una actividad humana determinada, período que antecede a un momento de especial significación” (Ibid).

Por lo menos en las lenguas inglesa, francesa, italiana, alemana y española, la definición académica y enciclopédica de prehistoria mantiene dos elementos enunciativos en común: en primer lugar, la ausencia de escritura, lo cual se presenta en sentido práctico como una diferencia natural en el tratamiento de evidencias o testimonios que son constitutivamente diferentes a los textos escritos. En segundo lugar, una anterioridad temporal de la prehistoria respecto de la historia. Ambos elementos se implican mutuamente, mediante la tesis fundamental de que el surgimiento de la escritura es un hecho posterior a la “aparición” de la humanidad en el planeta.

El concepto de prehistoria se conforma entonces por dos enunciados que más que definir un ámbito preciso para el conocimiento arqueológico, están dirigidos a demarcar los límites de la historia respecto de una frontera difusa con el afuera de la naturaleza. El primer elemento es la ausencia de escritura, un enunciado negativo que deja por descarte a la arqueología todo aquello que se aparta del lenguaje escrito de carácter fonético-alfabético. El segundo enunciado, se encarga de precisar temporalmente esta ausencia de escritura, situándola en una condición de anterioridad respecto de la historia. En síntesis, la idea de prehistoria, más que enunciar positivamente lo que constituye el campo de conocimiento de la arqueología, se dirige a definir que ella no es historia, y en tal sentido es que señalamos que se trata de un concepto negativo y ambiguo.

La arqueología como prehistoria y antropología

La afiliación efectuada a mediados del siglo XIX entre la práctica arqueológica y el concepto de prehistoria así constituido, tuvo dos consecuencias

importantes. En primer lugar, contribuyó a que la primera delimitara su objeto discursivo en torno de materialidades sociales del pasado, que son constitutivamente diferentes de la documentación escrita. En segundo lugar, provocó una asimilación entre arqueología y prehistoria que opacó lo que de histórico había tenido anteriormente la primera, y esto, no sólo en el plano semántico, si no, y sobre todo, en el de la práctica. Si bien es cierto que en lo sucesivo se emplearían los términos arqueología prehistórica y arqueología histórica para evitar la sinonimia, es claro que fue a partir de la arqueología aplicada a las temporalidades prehistóricas desde donde se fortaleció la especificidad de su objeto discursivo y se apropiaron y formaron conceptos y nociones, técnicas y procedimientos por los cuales la arqueología tendría una competencia reconocida. Por lo demás, la pluralidad semántica del término prehistoria, que vale tanto para designar un campo de estudio, como el ejercicio mismo de ese estudio y también sus resultados, amplió y complementó el significado más restringido que hasta entonces había tenido el término arqueología, señalándole una dimensión humana situada en un ámbito temporal, así éste no fuera histórico.

Pero una vez efectuada la articulación entre prehistoria y arqueología, subsistía un problema relativo a los alcances que ésta última ofrecía para aportar en el debate evolucionista: la incapacidad para acceder a lo que no fueran los aspectos materiales de la existencia humana. Esta limitación alentó el desarrollo del método comparativo, que en lo sucesivo, sería uno de los puntos de articulación más importantes entre arqueología y antropología. Asumiendo, con base en las teorías del progreso y la evolución, que las sociedades europeas constituían la corriente principal y más avanzada de la civilización, el establecimiento de semejanzas entre los datos arqueológicos de sociedades prehistóricas y etnográficos sobre sociedades indígenas situadas en la periferia de Europa, permitía obtener una imagen relativamente detallada de los estadios que conformaban el proceso de la evolución (Harris 1978: 129). El resultado era de mutua conveniencia: los arqueólogos podían acceder de manera indirecta a las esferas no materiales de la cultura, mientras que los etnólogos complementaban las limitaciones de la arqueología, y de paso, ofrecían evidencias sobre la existencia “actual” de sociedades primitivas. El método comparativo constituyó entonces un procedimiento de investigación mediante el cual la arqueología entró a hacer parte de la forma en que se formulaban las principales tesis de la antropología.

La afiliación de la arqueología con la antropología y las teorías de la evolución, implicó que muchos historiadores situaran a la primera en las fronteras exteriores de su ámbito de referencia: en aquel umbral que conducía de la historia humana hacia la historia de la naturaleza. Pero ese terreno lleno de ambigüedades, en donde presuntamente había

existido una humanidad en estado natural y sin historia, cuyos representantes actuales estudiaba la antropología como si se tratase de fósiles vivientes, era también el espacio en donde se daba el intenso debate sobre la diferencia entre ciencia natural e historia o entre procesos naturales e históricos. Este debate fue alimentado sobre todo por el historicismo alemán del siglo XIX, caracterizado por "... una concepción de la historia humana según la cual el devenir humano se define por la diversidad fundamental de las épocas y de las sociedades; por consiguiente, por la pluralidad de los valores característicos de cada sociedad o cada época" (Aron 1996: 31). En esta perspectiva, historiadores como Rickert, Dilthey, Simmel y Weber, plantearon la diferencia entre la explicación, propia del conocimiento de la naturaleza y la comprensión, propia del conocimiento del hombre por el hombre.

Específicamente, se debe a Wilhelm Dilthey la crítica del pensamiento positivista de Augusto Comte y Herbert Spencer, en cuanto a la edificación de un concepto de conocimiento científico basado en los procedimientos de las ciencias naturales y conforme al cual, también deberían proceder las ciencias humanas o de del espíritu, incluida la historia. Dicho positivismo, entendido como "la filosofía actuando al servicio de la ciencia natural" (Collingwood 1993: 129) había sido acogido parcialmente por algunos historiadores que, como Rickert, se oponían a la búsqueda de leyes generales y enfatizaban en la singularidad de los hechos históricos, pero habían aceptado que la recopilación y la comprobación de hechos, constituía la tarea fundamental de sus estudios (Ibid). En este contexto, Dilthey se atrevía a separar la condición científica de las ciencias del espíritu, del de las ciencias de la naturaleza, en cuanto las primeras constituyen una experiencia interna - el hombre que desea conocerse a sí mismo mediante su conciencia -, mientras las segundas aspiran a conocer el mundo exterior mediante los sentidos. Pero lejos de plantear esta diferencia como una exaltación de la subjetividad de las ciencias humanas, Dilthey reconocía una condición de realidad objetiva a las experiencias internas (Dilthey 1966).

Conviene observar, brevemente, cómo en relación con esta crítica al positivismo, Dilthey en su *Introducción a las ciencias del espíritu*, publicada en 1883, sitúa los estudios arqueológicos dentro del contenido de las ciencias humanas. Es claro que, para el autor, por lo menos "las alteraciones materiales" hacen parte del "material" que constituye la realidad "histórico-social", y que "el hombre como un hecho que precede a la historia es una ficción de la explicación genética" (Ibid: 71 y 77). Pero dentro de la distribución de las tareas que cada una de las ciencias debía desarrollar, Dilthey asocia la arqueología con la etnología o "antropología comparada", en cuanto ésta última, "... después de plantearse la cuestión de la unidad de origen y especie, del lugar de residencia más antiguo, de la

edad y de las notas comunes del género humano, vuelve la atención a la delimitación de las razas particulares, a la determinación de sus caracteres, a los grupos que comprende cada una de estas razas" (Ibid: 89).

Ello estaría indicando que la arqueología, a pesar de ser considerada como una disciplina necesaria para el estudio de la historia, era percibida por los historiadores como una etnología de los pueblos del pasado, un ámbito de conocimiento situado en la frontera externa de la historia, allí en donde se inscribía, precisamente, la tensión entre ciencias naturales y humanas y, en donde, la historia como interioridad cesaba para abrirse problemáticamente a las exterioridades de la naturaleza. Pero además, el lugar de la arqueología, en cuanto etnología de los pueblos primitivos, era situado por los historiadores críticos de la denominada filosofía de la historia, del lado de la pregunta especulativa por los orígenes humanos. Así por ejemplo, el historiador suizo Leopoldo Burckhardt en un texto publicado póstumamente, haciendo una alusión clara contra la filosofía histórica de Hegel decía:

"No solo podemos y debemos apartarnos de considerar todas las condiciones primitivas hipotéticas, toda discusión sobre los orígenes; debemos también limitarnos a las razas activas, y entre ellas, a los pueblos cuya historia nos rinde imágenes de civilización que son suficiente e indiscutiblemente diferentes. Cuestiones como la influencia del suelo y el clima o el movimiento de la historia del Este al Oeste, son aspectos introductorios para la filosofía de la historia, pero no para nosotros, y en tal sentido están fuera de nuestra mirada. Lo mismo se mantiene para todas las cosmologías, teorías de la raza, la geografía de los antiguos continentes y demás. El estudio de cualquier otra rama del conocimiento puede comenzar con los orígenes, pero no la historia" (Burckhardt 1943: 82).

En medio de la desconfianza por el desarrollo de conocimientos que eran considerados como especulativos, historiadores y arqueólogos eligieron diferentes caminos metodológicos, demarcando una distinción de largo aliento entre el trabajo de archivo y el trabajo de campo. Para muchos historiadores, no para Dilthey ciertamente, era en el método histórico en donde descansaba la objetividad del conocimiento del pasado humano, y por lo tanto, su autoridad para considerar como especulativas las filosofías de la historia y todos aquellos estudios etnológicos dirigidos al problema de los orígenes de la humanidad. El método histórico de los historiadores del siglo XIX proponía "la disposición de ir a los archivos sin ningún preconcepto en absoluto, estudiar los documentos allí encontrados y después escribir una historia sobre los sucesos registrados en los documentos para hacer de la historia misma la explicación de "lo que había sucedido" en el pasado... La idea era "contar el cuento" de "lo que había pasado" sin ningún residuo conceptual significativo ni preformación ideológica de los materiales. Si el cuento se relatara correctamente, la explicación de lo que había sucedido se desprendería sola de la narración, igual que como un mapa correctamente trazado presenta la estructura de un paisaje" (White 2001: 140).

Pero la crítica de Burkhardt, que equiparaba toda pregunta por los orígenes a una cuestión metafísica y especulativa, no puede opacar el hecho de que también entre los arqueólogos existía preocupación frente a la edificación de teorías sobre el progreso y la evolución de la humanidad que no se apoyaban sobre evidencias arqueológicas. Por contraste con esta “prehistoria no arqueológica”, como la ha definido Daniel (1963: 58), los arqueólogos, inicialmente concentrados en la apreciación de objetos dispuestos en los museos o ruinas situadas en el corazón mismo o en la adyacencia de las principales ciudades europeas, hicieron gradualmente del “trabajo de campo”, del contacto directo “in situ” con las evidencias arqueológicas situadas en espacios geográficos alejados, un procedimiento básico para estimar la autoridad y validez de sus investigaciones. Los historiadores, buscando el mismo efecto, se encaminaron en una dirección contraria: el espacio de los archivos y las bibliotecas, en donde hicieron del análisis crítico de la documentación escrita su ámbito fundamental de desempeño. No deja de ser interesante que esta distribución de espacios y materiales de trabajo, se haya ido configurando y estableciendo en medio de un debate intenso sobre el estatuto científico de las ciencias naturales versus las ciencias humanas, en términos de la forma en que era posible conocer las exterioridades y las interioridades de la condición humana.

La arqueología, en este alejamiento de la historia, consolidó a finales del siglo XIX su pertinencia para ser situada, como campo de conocimiento, del lado de la prehistoria, la ausencia de escritura y las sociedades primitivas, por oposición a la escritura, la historia y las sociedades civilizadas. Y si bien las arqueologías aplicadas a la historia del arte y los estudios bíblicos siguieron su trayectoria, es en su conjunción con la prehistoria que se logra consolidar la imagen moderna de arqueología, como una disciplina científica que estudia la cultura material del pasado, pudiendo prescindir, para el efecto, de documentación escrita. Aunque se consideraba que en la consecución de los objetivos de la arqueología se tenía serias limitaciones para tratar de documentar esferas de la vida social y cultural que estuvieran más allá de la subsistencia, la tecnología y el arte (Harris 1978: 128), la legitimidad de sus interpretaciones sobre el pasado de la humanidad se basaba en la condición de objetividad que su objeto de estudio, en tanto “evidencia” material, tangible, medible, cuantificable y localizable en el espacio, podía otorgar a una ciencia social que trataba de adoptar los protocolos de investigación de las ciencias naturales.

En América, en donde se venían constituyendo las historias nacionales de las jóvenes repúblicas, y en donde se habían puesto en marcha algunas colecciones y estudios sobre las antigüedades indígenas, existían condiciones particulares para efectuar una apropiación y eventual re-significación del concepto de prehistoria. Como en Europa, las

primeras aproximaciones a los objetos y ruinas de la antigüedad habían estado mediadas por una re-lectura del repertorio disponible de documentos escritos, en este caso de las crónicas de Conquista y la Biblia. Durante los siglos XVI a XVIII, la búsqueda de explicación al origen mismo de las sociedades indígenas fue respondida básicamente desde las creencias cristianas. Aun cuando se especulaba sobre la ocurrencia de viajes trasatlánticos que habían antecedido los descubrimientos de Cristóbal Colón, la explicación más frecuente indicaba que algunos de los pueblos bíblicos habían arribado al continente americano (Fagan 1984: 28). Luego, durante el siglo XIX, cuando se desarrolló una mirada capaz de ver en las antigüedades indígenas los testimonios de un pasado precolombino, los escritos bíblicos fueron reemplazados por la re-lectura de las crónicas de la conquista del siglo XVI.

Específicamente en el caso latinoamericano, no parecen haber existido condiciones necesarias para poner en marcha trabajos continuados de excavación y análisis de restos arqueológicos. La arqueología era un tema de interés tratado por naturalistas, historiadores y anticuarios locales sin el conocimiento necesario para aplicar los recientes procedimientos de excavación, datación y establecimiento de tipologías. Además, no existían instituciones en cuyo seno pudieran acogerse agendas de investigación que, como ésta, requerían de un trabajo costoso y continuado. Adicionalmente, y salvo en el caso argentino, en donde Florentino Ameghino había habilitado conocimientos paleontológicos y geológicos para proponer una teoría acerca del origen independiente del hombre americano (Politis 1992: 72), no se había desarrollado un interés por establecer cronologías detalladas del periodo precolombino. Como en el caso colombiano, algunas hipótesis sobre la ocurrencia de invasiones ofrecían la posibilidad de pensar en la existencia de dos razas o edades que habían tenido lugar antes de la Conquista (Restrepo 1902), pero en la mayoría de las veces, suponer una condición general de anterioridad de los pueblos indígenas de antes de la conquista, colmaba las preguntas de los estudiosos.

Teniendo en cuenta estas dos limitaciones, la idea de prehistoria parecería no tener acogida en los países latinoamericanos, en donde la arqueología dependía fuertemente de los documentos escritos, y en donde se había desarrollado poco interés por profundizar la temporalidad que antecedió la conquista. De hecho, durante esta época y aún durante buena parte del siglo XX, a menudo los hallazgos arqueológicos fueron interpretados a la luz de las noticias escritas del siglo XVI, sin que mediara ninguna preocupación por posibles problemas de anacronía. Aún así, la idea de prehistoria permitía fortalecer la tajante distinción entre el pasado remoto de las sociedades indígenas y el pasado reciente de los europeos en el Continente. La distinción entre el antes sin escritura y el después con escritura, era un criterio que se acomodaba bien a la manera en que la diferencia colonial (sensu

Mignolo 2003) entre el Mismo europeo y el Otro indígena se había construido desde el siglo XVI, diferencia que luego, durante el periodo republicano, se transformó en un colonialismo interno que segregaba las élites de origen criollo del resto de la población.

Sobre esta premisa, el concepto de prehistoria podía ser recibido y re-significado de varias formas, dependiendo de la manera en que se estuvieran configurando las narrativas nacionales en relación con el pasado. Los matices venían dados por los términos en los cuales las élites políticas e intelectuales que escribían las historias nacionales establecieran sus vínculos con el pasado colonial inmediato. En países como Perú y México, las historias nacionales descansaron en buena medida sobre una idealización de la grandeza y riqueza de los imperios precolombinos (Díaz-Andreu 1999). En otros, como Colombia, el interés por hacer del pasado precolombino el telón de fondo de la epopeya nacional, no fue un proyecto consolidado, en la medida en que en ciertos momentos predominaron narrativas que descalificaron el perfil cultural de las sociedades precolombinas, y por lo tanto, su valor para ser incorporadas al pasado nacional (Langebaek 2003: 78 y ss).

En Norte América, claramente no interesaba vincular la población indígena, ni precolombina, ni contemporánea, dentro de los proyectos nacionales. Los colonos ingleses y franceses, advenedizos en una inmensa red de espacios sociales con los cuales prácticamente no establecieron vínculos biológicos o culturales, y luego, robusteciendo la independencia frente a los imperios de donde procedían sus ancestros, estaban interesados en establecer vínculos con las ideas de libertad y democracia de la Ilustración europea y la antigüedad clásica, o en aportar con sus conocimientos al progreso general de la humanidad. En este contexto, el concepto de prehistoria encontró rápidamente eco y entusiasmo entre una población de arqueólogos y antropólogos que ya venía fortaleciéndose en lo académico y lo institucional durante el siglo XIX (Fagan 1984: 97 y ss). En Norte América el prefijo “pre” del concepto en cuestión, parece haber afianzado una cierta asepsia frente a la historia entendida como continuidad de los pueblos con su pasado y su territorio, así como alimentado el sentido de la ciencia como una meta universal de la cual el pueblo norteamericano era un agente destacado.

Escritura vs. materia, tiempo vs. espacio

Como se ha mostrado hasta aquí, el contexto de emergencia del concepto de prehistoria es el de un doble debate, el primero entre historicismo y evolucionismo, el segundo referido al estatuto científico de las ciencias sociales en relación con las ciencias naturales. En esta encrucijada, la arqueología, una vez efectuada su afiliación con el concepto de

prehistoria, definió su objeto discursivo en una dimensión espacio-temporal más cercana a las regularidades de la naturaleza y los procedimientos de observación de las ciencias naturales, que a las contingencias de la historia y sus protocolos de investigación. Por lo mismo, pronto hizo parte de la agenda de trabajo de una antropología interesada por alimentar el discurso evolucionista, una suerte de etnología de los pueblos prehistóricos.

Aun cuando queda por fuera de los propósitos de este ensayo evaluar la forma en que, durante el siglo XX la arqueología efectuó varios acercamientos a la historia², lo cierto es que las tensiones que entre ambas disciplinas se configuraron desde el siglo XIX siguieron latentes. El particularismo histórico en antropología y el enfoque histórico-cultural en arqueología, no dieron paso al establecimiento de un diálogo fluido entre arqueólogos e historiadores. Tanto unos como otros permanecieron en diferentes espacios de comunicación, situación que se consolidó con la posterior introducción de enfoques funcionales en antropología y con la emergencia de la Nueva arqueología en la década de 1960. Entonces, la arqueología reforzó sus nexos con la antropología, en el marco de una agenda neoevolucionista y de un proyecto de cientificidad que se declaraba antropológico. Pero paradójicamente, dicha afiliación sólo era declarativa, pues en ese momento los desarrollos teóricos de la antropología misma no estaban mayoritariamente dirigidos a resolver preguntas evolucionistas. Por el contrario, cada vez fueron más importantes los enfoques estructuralistas, así como las aproximaciones a realidades sociales que desbordaban el campo de lo indígena y en general de las sociedades tradicionales. De tal forma que la pertinencia de la arqueología para hacer parte de la antropología, al menos en la dinámica investigativa, no era muy clara. No obstante, esa pertenencia disciplinaria siguió siendo avalada formalmente por los programas académicos de muchos países, sobre todo en Norte América y Latinoamérica.

La potencia del concepto de prehistoria, a lo largo de más de un siglo desde su formación, se pone de manifiesto en la manera en que, cada tanto, la arqueología ha sido considerada alternativamente como adentro o afuera de la historia. Cuando ha sucedido lo último, se la ha situado, generalmente, del lado de las ciencias naturales o de la antropología. Así por ejemplo, Daniel Wilson, virtual inventor del término *prehistory*, planteaba que la prehistoria estaba del lado de las ciencias naturales y no de las ciencias históricas (Lucas 2005: 124). Años más tarde, Gordon Childe, consideraba que la arqueología, por tratar con el pasado humano, y desde una concepción marxista, hacía parte de la historia como ciencia (Childe 1989: 9). Casi al mismo tiempo, Willey y Phillips

2) Para un análisis de las dinámicas que acercaron o alejaron a los arqueólogos e historiadores durante el siglo XX ver Piazzini (2006b y 2008).

declaraban que “la arqueología americana es antropología o no es nada” (Phillips y Willey 1958: 2), mientras que David Clarke sostenía enfáticamente que “la arqueología es arqueología es arqueología” (Clarke 1984:9). Incluso en Inglaterra, en donde ha sido frecuente que arqueología y prehistoria sean consideradas como parte de la historia, y en donde la formación en arqueología ha hecho parte, tradicionalmente, de los programas de historia (Trigger 1981: 232), el arqueólogo Glyn Daniel, al tratar de comprender el surgimiento y devenir de la idea de prehistoria, notaba, no obstante, como los historiadores mostraban con frecuencia desinterés por los estudios de los arqueólogos (Daniel 1963: 174). Y en Norte América, en donde tradicionalmente la arqueología ha hecho parte de la agenda de la antropología, la crítica hacia una “arqueología tradicional”, emprendida desde la Nueva Arqueología, dio paso al ataque contra la historia. Lewis Binford descartaba que la perspectiva histórica fuera adecuada para el desarrollo de la arqueología, dado su perfil descriptivo, especulativo y no explicativo (Binford 1972, 1988: 24).

Pero las tensiones también pueden ser vistas del otro lado. En el siglo XIX, los historiadores del arte y la antigüedad planteaban irónicamente que los prehistoriadores eran los analfabetos de la investigación histórica, mientras que la prehistoria era la ciencia de los analfabetas (Moeberg 1987: 192, Carandini 1984: 114). Y más recientemente, Moses Finley, un historiador de la antigüedad, criticaba la supuesta autonomía que promulgaban arqueólogos como Clarke, cuando en realidad dependían en buena medida de lo consignado en las fuentes escritas, allí en donde sus evidencias les imponían adentrarse en cronologías históricas. Para Finley, la arqueología era en buena medida una pérdida de tiempo y recursos (Finley 1979:139). El escepticismo o desinterés de los historiadores frente a lo que pudiera hacer una arqueología que incursiona en los “terrenos” de la historiografía, se ha puesto de manifiesto recientemente, cuando, al evaluarse los resultados de treinta años de “arqueología histórica” efectuada en las ruinas coloniales de Chesapeake en Estados Unidos, los historiadores aplicados al estudio del periodo colonial no han incorporado los datos arqueológicos y, mucho menos, las interpretaciones producidas por los arqueólogos. Como dice Paul Levy al respecto: “los historiadores y los arqueólogos históricos están divididos por el mismo pasado que los une” (Levy 2000).

En el proceso de los innumerables debates, y a más de un siglo de su formación, el concepto de prehistoria resultó convalidado desde cada uno de los diferentes enfoques arqueológicos, es decir, que tuvo una continuidad relativa en medio de las discontinuidades que marcaron los cambios sucesivos o las disputas simultáneas entre concepciones diferentes de lo que debía ser la arqueología. En la perspectiva evolucionista del siglo XIX la prehistoria

fue funcional como criterio de demarcación entre estadios inferiores y superiores de un proceso unilineal de evolución. Desde el enfoque histórico-cultural el concepto de prehistoria resistió la crítica al evolucionismo, y se mostró flexible a la operación de regionalización de la diferencia entre ausencia y presencia de escritura. Finalmente, desde la Nueva arqueología, y en general desde los enfoques procesuales, el concepto de prehistoria fue uno de los pocos que sobrevivió a la revisión crítica que se hizo de las llamadas “arqueologías tradicionales”. Antes bien, sirvió eficientemente a los propósitos de diferenciar entre un pasado remoto, al que correspondía aplicar una arqueología científica en busca de leyes del comportamiento humano, por contraste con un pasado reciente que correspondía a la historia, considerada como discurso especulativo.

Incluso en los planteamientos más recientes de la denominada arqueología histórica, cuando se esperaba justamente que la afiliación entre prehistoria y arqueología se hubiese dado por terminada, se hacen visibles problemas que indican que las características negativas y ambiguas del concepto de prehistoria siguen presentes. Los debates acerca de la pertenencia de la arqueología a la antropología o a la historia continúan involucrando los problemas cronológicos y metodológicos, con los cuales usualmente se cree que se puede solucionar la cuestión (Cf. Funari 2001, Funari et al 1999: 37, Orser 2002: 21 y ss, Sanoja y Vargas 1999: 69; Zarankin 2004: 135), mientras que sigue rondando el fantasma de una arqueología subordinada a la historiografía, de una “sirvienta de la historia” como se ha llegado a decir peyorativamente (Levy 2000). La preocupación no pasaría de ser una cuestión meramente teórica si no fuera por el hecho de que muchos de los estudios efectuados se han limitado a la definición de cronologías y a la descripción de tipologías de cerámica y loza, empleando para el efecto los planteamientos tradicionales de la arqueología histórico-cultural, cuando no una interpretación que simplemente sigue lo narrado en textos históricos. Así las cosas, el riesgo de una arqueología histórica que adopta una posición deferente frente a la documentación escrita, que resulta proveyendo un sustrato material a lo ya dicho, o recreando mediante una suerte de “instalación” estética las narrativas de la historia oficial, constituye una posibilidad real, como lo fue durante sus inicios en el siglo XVII.

Todo ello hace pensar que la diferencia entre el estudio de sociedades prelitterales y letradas no se reduce a una cuestión heurística (el estudio de dos tipos de testimonios diferentes) o cronológica (antes y después de la escritura). Recientemente, Gavin Lucas, a propósito de un estudio del tratamiento del tiempo en arqueología, ha formulado esta pregunta: “¿Porqué habría necesidad de distinguir prehistoria de historia y porqué esta distinción recae sobre la ausencia de testimonios escritos?” (Lucas 2005: 123. *Cursivas añadidas*). Este interrogante fue respondido por Lucas

señalando la importancia que la escritura, como marcador de una antigua alteridad entre fe y paganismo, y más tarde entre naturaleza y cultura, tenía para la construcción de una temporalidad prehistórica como ámbito de estudio de la arqueología. Esta respuesta implica que, quiérase o no, el concepto de prehistoria con todas sus ambigüedades ha acompañado la práctica de la arqueología desde el siglo XIX hasta el presente. “Toda arqueología – dice - concierne en última instancia a la prehistoria, inclusive una arqueología del pasado contemporáneo” (Ibid).

El análisis de Lucas es valioso en la medida en que vincula la emergencia del concepto de prehistoria con la problemática del tratamiento del tiempo en arqueología, un tópico que a pesar de su importancia, no ha sido materia de mayores reflexiones en el ámbito disciplinar. No obstante, su perspectiva presta poca atención a las implicaciones de carácter espacial que conlleva esta diferencia. Deseo finalizar este ensayo señalando que la potencia de la afiliación conceptual entre arqueología y prehistoria reside tanto en la dimensión temporal como el campo de las materialidades y las espacialidades. En el primer sentido, la ausencia o presencia de escritura es concomitante a la oposición entre espíritu y materia, en el segundo, entre tiempo y espacio.

Preguntarse por el concepto de prehistoria en relación con la práctica arqueológica es preguntarse por huellas excluidas de la historia en virtud de una metafísica que acerca la escritura alfabética al espíritu, mientras condena las materialidades a una condición abyecta³. Así mismo, la cercanía o la lejanía de la prehistoria respecto al presente histórico no es sólo una cuestión temporal, sino que se refiere al proceso por el cual la alteridad en el espacio fue ordenada en la modernidad como una alteridad en el tiempo (Fabian 1983). En este sentido, la oposición entre prehistoria e historia, en la cual se inscribe la arqueología, no se limita a una cuestión cronológica, e incluso temporal, sino que también se muestra como una diferencia entre espíritu y materia, espacio y tiempo.

La limitación de considerar la oposición entre historia y prehistoria como una cuestión meramente cronológica se pone de manifiesto cuando, situada en dinámicas geohistóricas específicas, se corresponde con la manera en que allí han operado las “prácticas escriturarias” (De Certeau 2000: 145). El desarrollo de la escritura alfabética en Asia y Europa, es un proceso gradual, que ha permitido establecer incluso una periodización intermedia, llamada antigüedad o protohistoria. Por contraste, en América, África y

Oceanía, más que de un desarrollo de la escritura alfabética se trata de su irrupción por efecto del colonialismo, lo que demarca un cambio abrupto desde la prehistoria a la historia, sin gradualidades.

Pero además, desde una perspectiva geopolítica del conocimiento, el concepto de prehistoria surge justamente en el lugar de enunciación de sujetos y sociedades que comenzaron a considerarse a sí mismas, a la vez como contemporáneas y como históricas, sociedades en las cuales emergían proyectos nacionales que querían extender, en el espacio y en el tiempo, sentidos de soberanía y permanencia, como justificación para el desarrollo de sus proyectos políticos y económicos. Cuando la prehistoria se ha acercado a los tiempos de la historia, ha servido a los propósitos de sentar las bases de una territorialidad nacional, pero a la vez, localizada en las temporalidades de la naturaleza, ha servido para construir y mantener la diferencia entre el progreso y la civilización de Occidente frente a la barbarie o el atraso del resto del planeta, y con ello, para convalidar los proyectos de expansión colonial e imperial.

Así por ejemplo, en América del Norte ha predominado una arqueología prehistórica alineada del lado de las teorías evolutivas y la antropología, mientras que en las narrativas históricas que fundamentaron el nacimiento de la Nación, no se consideró pertinente incorporar el pasado precolombino. Dada la cantidad de emigrantes europeos y la ausencia de una dinámica significativa de sincretismo cultural con la población originaria, la historiografía norteamericana del siglo XIX se constituyó sobre el imaginario de una prolongación de la historia europea al otro lado del Atlántico, una tierra nueva en la cual los valores cristianos y de la Ilustración se alternaban para constituir las bases de una sociedad en la que se encarnaba el futuro de la humanidad (Appleby et al 1998: 99 y ss).

En África también ha primado el desarrollo de una arqueología prehistórica de corte evolucionista, pero centrada en el estudio del pasado remoto de la humanidad, gran parte de la cual ha sido aplicada por estudiosos europeos y norteamericanos. Graham Connah señala cómo los historiadores africanos “han tendido a estar orientados por los textos, sean estos escritos u orales, y han puesto relativamente poco interés en los hallazgos de la arqueología” (Connah 2004: 178). “La explicación para esto – dice-, estriba seguramente en la diferencia de tradiciones escolares de las dos disciplinas. Para ponerlo en términos simples, no se entienden unos con otros”. Como resultado, “cuando los historiadores hacen uso de las evidencias arqueológicas, los arqueólogos a menudo piensan que han puesto insuficiente atención a sus limitaciones. Cuando los arqueólogos hacen uso de fuentes históricas, los historiadores sienten frecuentemente que ello se ha efectuado de manera acrítica” (Ibid).

Este desencuentro, semejante al descrito por Glyn Daniel para la prehistoria británica, estaría indicando

Seguimos en este punto la formulación de Jacques Derrida (1971), específicamente al considerar la escritura alfabética como parte constituyente del “logocentrismo” de la metafísica occidental. No obstante, no nos ha parecido conveniente adscribirnos al concepto más general de escritura como “grafía” que el autor introduce. También hemos retomado las consideraciones efectuados por Françoise Dagognet (2000) sobre la abyección de las materialidades en la filosofía occidental.

que el problema prehistoria/historia, se sitúa exclusivamente en el plano epistemológico de diferencia entre dos “espacios de comunicación”. Pero, desde la perspectiva que venimos planteando, en África la oposición entre historia y prehistoria trasciende el problema de comunicación entre académicos en la medida en que ha obstaculizado la construcción de aproximaciones al pasado en las cuales la irrupción de los dispositivos escriturarios (sensu De Certeau, 2000) de Occidente sea considerada como parte de la historia que es preciso conocer y comprender, y no como un acontecimiento que rompe la historia en dos. El caso africano es similar al latinoamericano, en cuanto la diferencia entre prehistoria e historia, al ser situada en el contexto de los proyectos imperiales y coloniales de Occidente, implica la erección de una barrera cronológica y metodológica que contribuye a fragmentar la mirada sobre dinámicas sociales y culturales que trascienden el siglo XVI. Carlos Mamani, indígena boliviano, pone la cuestión en los siguientes términos:

El mensaje de la arqueología y la historia en Bolivia es claro: la evidencia de nuestro pasado, el antiguo desarrollo histórico de nuestras sociedades y los Indios son para ellas solo prehistoria, un pasado muerto y silencioso”. Y prosigue: “Prehistoria es un concepto occidental de acuerdo con el cual aquellas sociedades que no desarrollaron la escritura – o un sistema equivalente de representación gráfica – no tienen historia. Ello se ajusta perfectamente en el marco del pensamiento evolucionista típico de la cultura Occidental. Todo lo que podemos decir a manera de réplica es que la escritura es sólo uno entre muchos grandes inventos que regulan las relaciones entre los seres humanos y entre estos y los mundos naturales y supranaturales. Aun cuando tiene la ventaja de dejar huellas para la posteridad, la escritura no es la única, ni siquiera la mejor forma de conocimiento y transmisión de la experiencia histórica de una sociedad (Mamani 1996: 637).

El testimonio de Mamani no es frecuente en Latinoamérica, en la medida en que son pocos los intelectuales indígenas que se han acercado a los debates académicos de la arqueología. No obstante, es elocuente acerca de las implicaciones que trae consigo la aplicación del concepto de prehistoria, cuando las materialidades que constituyen el objeto de estudio de la arqueología hacen parte de experiencias y concepciones de espacio y tiempo que no admiten una fragmentación, por lo menos en términos de lo que está escrito y lo que no está escrito. Se hace visible aquí la forma en que, al cabo de más de cinco siglos, la escritura sigue siendo esgrimida como dispositivo para fraccionar otras memorias diferentes a las del colonizador, y más tarde, a las del historiógrafo. Este aspecto es de la mayor importancia, toda vez que permite introducir la hipótesis de que en Latinoamérica el marco de inserción de la oposición moderna entre historia y prehistoria ofrecía experiencias previas de valoración de la diferencia entre escritura y materialidades.

De acuerdo con Walter Mignolo, en el siglo XVI los misioneros españoles juzgaron y clasificaron la inteligencia y la civilización humana en función de si los pueblos poseían o no una escritura alfabética (Mignolo 2003: 61). Sería de esperar entonces que, en

un análisis del proceso de apropiación del concepto de prehistoria en los países latinoamericanos, se puedan hacer visibles condiciones locales de valoración de la diferencia entre ausencia y presencia de escritura, como parte de la construcción de la diferencia colonial. La hiper-valoración de la escritura en las sociedades latinoamericanas en donde “la centralidad de la letra y del letrado acompaña la centralidad del poder, lo protege y lo perpetúa”, en donde durante el siglo XIX se procedió a la construcción de una memoria nacional por parte de los dueños de la palabra que eran, o se convirtieron en los dueños de la nación (Achugar 2002: 82-83), pudo haber capitalizado y catapultado la oposición entre materialidades y escritura. No obstante, habría que evaluar si esta apropiación no implicó además una resignificación de la prehistoria en términos de una alteridad espacial más que temporal, o en todo caso, cómo fue recibida la temporalización de una diferencia que hasta entonces parece haber sido planteada básicamente en términos espaciales.

Decir prehistoria en Latinoamérica, no es, entonces, igual a decir prehistoria en Europa o Norte América, habida cuenta de lo que significa la “aparición de la escritura” en el contexto regional, así como el uso político que de la diferencia entre ausencia y presencia de escritura hicieron los españoles y, luego, las élites ilustradas del periodo republicano. En este contexto, la apropiación tardía de la arqueología conllevó a una aplicación exclusiva al ámbito de lo indígena precolombino, y con ello, a una equiparación de éste ámbito con el concepto de prehistoria. Finalmente, cuando en las últimas dos décadas se ha rehabilitado el término de arqueología histórica, han emergido problemas que van desde las tensiones disciplinares entre arqueología e historia, entendidas como positivities diferentes, hasta la disputa entre formas de producción de narrativas sobre el pasado que históricamente han jugado un papel importante en la constitución de sentidos de pertenencia, dependencia, sometimiento o autonomía de unos grupos sociales y formas de organización política frente otras (Funari y Zarankin 2004).

En este ensayo he querido demostrar que el criterio de ausencia o presencia de escritura y de su ordenamiento temporal, empleado tradicionalmente como marcador de las diferencias entre arqueología e historia, encierra, pese a su simpleza pragmática, una serie de tensiones y discontinuidades que se sitúan más allá del plano meramente heurístico. Que la escritura sea generalmente tomada como indicio de la génesis de sociedades con un grado avanzado de desarrollo económico, político y social, tiene que ver más con el papel central que ésta, o mejor, el régimen escriturario ha jugado y juega en la filosofía y la política de Occidente, y con la idea de historia que emerge en la modernidad, que con la simple consideración de que los documentos escritos constituyen un medio particularmente ágil para consignar y, en correspondencia, estudiar los hechos sociales del pasado.

Así mismo, la idea según la cual las sociedades pretéritas que no desarrollaron escritura deben ser conocidas fundamentalmente a partir de los vestigios materiales que aún subsisten al paso del tiempo, dice más de la condición secundaria que las materialidades han tenido frente a las categorías espirituales en la filosofía occidental, que de una estrategia práctica para resolver la mudez que implica la ausencia de escritura. Esta abyección de las materialidades en su correspondencia con la posición subalterna del espacio respecto del tiempo en el pensamiento social de la modernidad, indica además que la oposición entre prehistoria e historia se encuentra vinculada con la diferencia entre espacio y tiempo.

Referencias

- Achugar, Hugo.
2002. "Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI", en: Barbero, Jesús Martín, Cuadernos de Nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta, Bogotá, Ministerio de Cultura, pp. 75-92.
- Appleby, Joyce; Lynn Hunt y Margaret Jacob.
1998. La verdad sobre la historia. Barcelona : Editorial Andrés Bello
- Aron, Raymond (1996). Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France. México: Fondo de Cultura Económica.
- Binford, Lewis.
1988. En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico, Barcelona, Editorial Crítica.
- Binford, Lewis.
1972, "Archaeology as anthropology", en: Leone, Mark, Contemporary Archaeology: A Guide to Theory and Contributions, Carbondale, Southern Illinois University Press, pp. 93-101.
- Bintliff, John.
1991. The Annales School and Archaeology, London, Leicester University Press.
- Burckhardt, Jacob.
1943. Force and Freedom: Reflections on History. New York : Pantheon Books.
- Castrillón, Alberto.
2000. Alejandro de Humboldt. Del catálogo al paisaje. Medellín : Editorial Universidad de Antioquia.
- Carandini, Andrea.
1984. Arqueología y cultura material, Barcelona, Editorial Mitre.
- Certeau, Michel de.
2000. La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer, México, Universidad Iberoamericana – Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Clarke, David.
1984. Arqueología analítica, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- Clermont, Norman y Philip Smith (1990), "Prehistoric, prehistory, prehistorian, who invented the terms?", en: Antiquity, N.º 64, pp. 97-102.
- Champion, Timothy; Clive Gamble, Stephen Shennan y Alasdair Whittle.
1996. Prehistoria de Europa. Barcelona : Editorial Crítica, 1996. 475 p.
- Childe, Gordon.
1989. Introducción a la Arqueología, Barcelona, Ariel.
- Chippindale, Christopher.
1989. "Social Archaeology" in the Nineteenth Century: Is It Right to Look for Modern Ideas in Old Places?", en: Christenson, Andrew, Tracing Archaeology's Past: The Historiography of Archaeology, Carbondale, Southern Illinois University Press, pp. 21-33.
- Collingwood, Robin.
1993. Idea de la Historia. Madrid : Fondo de Cultura Económica.
- Connah, Graham.
2004. Forgotten Africa: an introduction to Its archaeology. New York : Routledge.
- Dagognet, Françoise.
2000. Detritus, desechos, lo abyecto, traducción inédita de Luis Alfonso Palau, Medellín, Universidad Nacional.
- Daniel, Glyn.
1963. The Idea of Prehistory, Cleveland, World Publication Company.
- Derrida, Jacques.
1971. De la gramatología, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Díaz-Andreu, Margarita.
1999. Nacionalismo y Arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo. En: Revista do Museo de Arqueologia e Etnologia. Suplemento 3. Pp. 161-180.
- Dilthey, Wilhelm.
1966. Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia. Madrid : Revista de Occidente.
- Fabian, Johannes.
1983. Time and the Other: How Anthropology Makes his Object, Nueva York, Columbia University Press.
- Fagan, Bryan.
1984. Precusores de la arqueología en América. México : Fondo de Cultura Económica.
- Finley, Moses.
1979. Uso y abuso de la historia, Barcelona, Editorial Crítica.
- Foucault, Michel.
1985. Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias sociales, Barcelona, Planeta.
- Foucault, Michel.
1997. La Arqueología del Saber, Madrid, Siglo XXI.
- Funari, Pedro Paulo.
2001. "A arqueologia histórica em uma perspectiva mundial", en: Revista História Regional, Vol. 6, N.º 2, pp. 35-41.
- Funari, Pedro y Andrés Zarankin Comps.
2004. Arqueología Histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI. Bogotá : Universidad de Los Andes.
- Funari, Pedro; Siân Jones y Martin Hall.
1999. Introduction: archaeology in history. En: Funari, Jones y Hall Eds: Historical Archaeology: Back from the Edge. Londres: Routledge P. 1-17.
- Harris, Edward.
1991. Principios de Estratigrafía Arqueológica. Barcelona : Editorial Crítica.
- Harris, Marvin.
1978. El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura. Madrid : Siglo XXI.
- Langebaek, Carl.
2003. Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión, Bogotá, Colciencias.
- Levy, Paul.
2000. "Always a Handmaiden--Never a Bride", en: Archaeology. [en línea], Online Features, 23/02/2000, [consulta: 6 de agosto de 2004], <<http://www.archaeology.org/online/features/history>>
- Lowie, Robert.
1985. Historia de la Etnología, México, F. C. E.
- Lucas, Gavin.
2005. The Archaeology of Time, Nueva York, Routledge.
- Mamani, Carlos.
1996. "History and Prehistory in Bolivia. What about the Indians?" En: Preucel y Hodder Eds: Contemporary Archaeology in Theory. A reader. Oxford : Blackwell. Pp. 632-645.
- Mignolo, Walter.
2003. Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo, Madrid, Akal.
- Moeberg, Carl-Axel (1987), Introducción a la arqueología, Madrid, Cátedra.
- Orser, Charles.
2002. Encyclopedia of Historical Archaeology, Londres, Routledge.
- Phillips, Philip y Gordon Willey.
1958. Method and Theory in American Archaeology, Chicago, University of Chicago Press.
- Piazzini, Emilio.
2006a, "De las artes de la memoria a la geopolítica de la memoria", en: Almarino, Óscar y Miguel Ruíz, Escenarios de reflexión. Las Ciencias Sociales y Humanas a debate, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, pp. 115-135.
- Piazzini, Emilio.
2006b. La arqueología entre la historia y la prehistoria: estudio de

una frontera conceptual, Monografía de Grado para optar al título de Magíster en Historia. Alberto de Jesús Castrillón Aldana, asesor. Escuela de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.

Piazzini, Emilio.

2008. "Arqueología entre historia y prehistoria" En: *El Giro Hermenéutico de las Ciencias Sociales y Humanas*. Oscar Almario y Miguel A. Ruiz eds. Universidad Nacional de Colombia, Medellín. Pp. 91-131.

Politis, Gustavo.

1992. *Política nacional, arqueología y universidad en Argentina*. En: *Politis Ed: Arqueología en América Latina Hoy*. Bogotá: Banco Popular. Pp. 70-87.

Restrepo, Ernesto.

1902. "Las invasiones caribes de la conquista española", en: *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 1, N.º 5 pp. 196-211.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas.

1999. "Archaeology as a Social Science: Its Expression in Latin America", en: *Politis, Gustavo y Benjamin Alberti, Archaeology in Latin America*, Londres, Routledge, pp. 59-75.

Trigger, Bruce.

1992. *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Editorial Crítica.

Trigger, Bruce.

1981. "La Arqueología como ciencia histórica", en: *Boletín de Antropología Americana*, N.º 4, pp. 231-263.

White, Hyden.

2001. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México : Fondo de Cultura Económica.

Zarankin, Andrés.

2004. "Hacia una arqueología histórica latinoamericana", en: *Funari, Pedro Paulo y Andrés Zarankin, Arqueología Histórica en América del Sur. Los desafíos del siglo XXI*, Bogotá, Universidad de Los Andes, pp. 131-143.